

La mujer en la Revolución francesa de 1789

JESÚS CANTERA ORTIZ DE URBINA. U.C.M.

En nuestros estudios de la lengua francesa, llevamos varios años dedicando especial atención a la de los siglos XVIII y XIX, y concretamente a tres etapas: a. la lengua de los enciclopedistas; b. el francés de la época de la Revolución; c. la lengua de los escritores franceses viajeros en España.

El estudio de la lengua -si ha de ser serio- implica naturalmente el de la civilización en la que se desarrolla. Por eso, a lo largo de nuestro estudio han ido surgiendo numerosos temas más o menos relacionados con la historia del francés.

Concretamente, al estudiar el francés de la época de la Revolución, los temas que han surgido han sido no sólo numerosos sino además de gran interés. Entre ellos, el que se refiere a la actitud de la mujer durante el período revolucionario.

A nuestro modo de ver no se ha concedido la suficiente importancia al papel de la mujer en el proceso revolucionario francés a finales del siglo XVIII. Cuando por ejemplo se habla de clubes en la época de la Revolución se piensa en el *club des Jacobins* y en el *club des Cordeliers*, y alguna vez también en el *club des Feuillants*. Y en cierto modo es natural, por su particular importancia. Pero, pasando por alto toda una serie de otros clubes como el *club du Panthéon* y el *club des Impartiaux*, debemos recordar que fueron también numerosos los clubes femeninos, entre los cuales procede destacar el *club des Républicaines révolutionnaires*, el *club des Amazones nationales*, el *club des Dames patriotiques*, el *club des Dames citoyennes* y el *club des Dames de la Fraternité*. No debemos olvidar el *club des Amies de la Loi* fundado en 1790 por la belga Théroigne de Méricourt, esa joven mujer que más tarde tendría el valor de enfrentarse a

Robespierre, por lo que hubo de sufrir una cobarde y cruel venganza por parte de sus partidarios. Acorralada en la terraza de los *Feuillants*, le levantaron las faldas, la despojaron de sus prendas íntimas y le propinaron una buena tunda de azotes en las nalgas e incluso algunos latigazos en medio de estruendosas risotadas y de las más sarcásticas mofas. Humillada por tan vil afrenta y presa de angustia y terror, perdió completamente la cabeza. Y desde entonces, en 1793, hasta su muerte en 1817 lanzaba frecuentes aullidos de pánico y horror.

Procede también recordar la *Société Patriotique de la Décence et des Amies de la Vérité* fundada por Etta Palm. Y también la *Société des Amies de la Consolation* con sedes en Burdeos y en Dijon.

Algunos de estos centros femeninos mostraron una actitud en extremo violenta. Y de ellos salieron consignas que acarrearían muy graves consecuencias. De un club femenino salió la consigna de imponer a las mujeres la obligación de llevar el gorro rojo, obligación a la que se opuso con energía otro colectivo femenino, el de las *Dames de la Halle*.

La agitación de estos centros de mujeres llegó a exasperar a los hombres, incluso a veces a los más revolucionarios. El club de los Jacobinos, por ejemplo, determinó abrir una investigación en septiembre de 1793 acerca de la *Société des Femmes qui se prétendent révolutionnaires* que le estaba adscrita.

Tal fue la agitación de la mayoría de estos centros femeninos que la Convención tomó casi por unanimidad la resolución de clausurar todos los clubes y sociedades de mujeres porque "su crispada agitación estaba acarreando muy funestas consecuencias para la joven república".

Todo parece indicar que a la Convención no le faltaban motivos para tan drástica decisión. Pero, estudiando con objetividad el problema, es fácil descubrir que también se debía en buena parte a un auténtico antifeminismo por parte de la mayoría de los hombres que más influían en la marcha de la Revolución.

Tras las agitadas jornadas de *prairial* del año III (1 a 4 de prairial = 20 a 23 de mayo de 1795), en las que los *sans-culottes*, apoyados por grupos organizados de mujeres, invadieron la Convención y asesinaron al diputado Féraud creando el pánico en París, la Convención determinó que "teniendo en cuenta que las mujeres abusan de la consideración que se les tiene por la debilidad de su sexo, en adelante las que sean encontradas presentes en cualquier motín deberán ser dispersadas sin contemplación por la fuerza de las armas y se dictará contra ellas orden de arresto". Poco después se tomaría la decisión de no permitir el acceso de las mujeres a las tribunas.

Se ha tratado de justificar o al menos de explicar ese antifeminismo por la actitud en extremo violenta de algunos grupos de mujeres durante el proceso revolucionario. Y lo mismo esos grupos que algunos de hombres, como los hebertistas entre otros, debían ser neutralizados para evitar mayores derramamientos de sangre.

Hay que recordar, sin embargo, que la decepción de las mujeres era grande ya en tiempos de la Constituyente, lo que motivó que Olympe de Gonges redactara su *Déclaration des droits de la femme et de la citoyenne*.

En nuestros estudios sobre el vocabulario francés a través de discursos parlamentarios, de publicaciones periódicas y de panfletos de aquella época nos ha sido fácil descubrir un no disimulado antifeminismo, a pesar del papel extraordinariamente importante de algunos grupos de mujeres en momentos decisivos para el proceso revolucionario. Por ejemplo en las jornadas de los días 5 y 6 de octubre de 1789 en las que, respondiendo a la llamada a la insurrección lanzada por *l'Ami du peuple*, varios centenares de mujeres emprendieron desde París la marcha sobre Versalles con tal éxito que durante la noche, contagiados por el entusiasmo de las mujeres, se les unieron los hombres de La Fayette y la guardia nacional parisina.

En recuerdo de este acontecimiento se levantaría en París un arco de triunfo en honor de aquellas mujeres, declaradas "heroínas de la Revolución", teniendo lugar su inauguración el 10 de agosto de 1793 dentro de los actos conmemorativos para celebrar el primer aniversario de la desaparición de la monarquía en la jornada del 10 de agosto de 1792.

Con motivo de la huida del rey el 20 de junio de 1791 y de su detención al día siguiente en Varennes, numerosas mujeres se manifestaron en París proclamando que "los hombres habían dejado escapar al rey, pero las mujeres lo devolvían a París".

La llegada de la república tras la caída de la monarquía en agosto de 1792 hizo concebir grandes esperanzas a las mujeres, que esperaban ver recompensada su activa participación y su decisiva intervención en el proceso revolucionario. Pero esas esperanzas quedaron muy pronto desvanecidas. Algunos colectivos femeninos intervinieron muy activamente en lo que se refería a los problemas de abastos y mercados para intentar detener el alza inmoderada de los precios y los abusos de acaparadores y especuladores. Grupos muy activos de mujeres figuraban entre los más destacados protagonistas de los sucesos de Étampes el 3 de marzo de 1792 en los que fue asesinado su alcalde Simonneau, acusado de complicidad con los acaparadores por negarse a imponer tasas sobre el mercado de la ciudad. La Asamblea legislativa, sin embargo, le rindió honores póstumos, presentándolo como *martyr de la liberté économique du marché*.

Al hablar de las mujeres en la Revolución, es obligado dedicar un recuerdo a las *tricoteuses*, ese grupo de mujeres, asiduas a las sesiones de la Convención y del Tribunal revolucionario. Así llamadas porque habían establecido la costumbre de "hacer punto" (= *tricoter*) mientras seguían los debates. Muy decididas por lo general, en algunas ocasiones llegaban a interpelar con gran desparpajo a los oradores reprochándoles su debilidad o su falta de energía. Auténticas arpías algunas de ellas, acudían también con sus labores al pie de la guillotina para "disfrutar" del macabro espectáculo de ver caer las cabezas cortadas por la cuchilla, llegando algunas a empa-

par sus pañuelos en la sangre de las víctimas para poder seguir regocijándose de su ejecución. Son "las calceteras de Robespierre" (*les tricoteuses de Robespierre*) y "las adulatoras de la guillotina" (*les lécheuses de la guillotine*).

El primero de pradial del año III (= 20 de mayo de 1795) unas cuantas *tricoteuses* formaban parte del grupo que invadió violentamente la Convención para pedir que la represión contra los *suspects* fuera más dura aún. Al oponérseles el diputado Féraud, le dieron muerte cortándole la cabeza que luego sería paseada por las calles de París clavada en lo alto de una pica. Al frente de ellas iba la famosa Aspásie Carlemigelli quien, una vez cortada la cabeza de Féraud, pisoteó con rabia su cadáver decapitado.

Radicalmente opuestas a las *tricoteuses*, encontramos, ya en los últimos tiempos de la Revolución, otros grupos de mujeres como el de las *muscadines* que algunos autores erróneamente identifican con las *merveilleuses*. Las primeras recibieron el nombre de *muscadines* por su afinidad con los *muscadins*, grupos de "reaccionarios", principalmente jóvenes, que se distinguan por su elegancia en el vestir y por ir siempre bien perfumados. De donde su nombre, derivado de *musc*, es decir "almizcle". Las *merveilleuses*, ya en tiempo del Directorio, eran de una elegancia más refinada aún, tan refinada que casi rayaba en lo excéntrico y extravagante. Dentro de la política de descristianización, o más exactamente de descatolización de Francia, se trató de imponer el culto a "nuevas" divinidades. Creemos conveniente señalar que, en lugar de dioses, se prefirieron diosas. Era una concesión fácil al feminismo, ya que tan poco se le concedía en las cuestiones más importantes. Sobre el altar mayor de algunas iglesias que se mantuvieron abiertas se rendía culto a "la diosa Libertad" (*la déesse Liberté*), "la diosa Naturaleza" (*la déesse Nature*) o "la diosa Razón" (*la déesse Raison*).

El culto a la razón había sido en cierto modo preparado por los hombres de la Enciclopedia que tronaban contra lo que llamaban *fanatisme*, insistiendo en que les *croyances ridicules* debían ser preteridas y hasta condenadas (*au nom de la raison*), lo mismo que la autoridad y la tradición lo debían ser (*au nom du progrès*). Diderot y d'Alembert tenían concebida la Enciclopedia, en efecto, como una gran obra consagrada a la gloria y honra del espíritu humano "liberado del yugo de los prejuicios y del fanatismo religioso gracias a la revalorización y pleno aprovechamiento de la razón. Y, haciendo alarde de una curiosa "tolerancia intolerante", Voltaire llegaba a afirmar que "los fanáticos no merecen la tolerancia", muy en consonancia con la teoría de Rousseau al decir que había que "proscribir a los insociables", entiéndase "a los fanáticos".

La Enciclopedia tenía como subtítulo -no debe olvidarse- el de *Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, y uno de sus propósitos consistía en liberar al hombre de los prejuicios para que pudiera ser capaz de transformar el universo. Y eso lo conseguiría mediante la razón,

que lo debe controlar todo: la religión, la moral, la política, la economía, etc.

En la catedral de *Notre-Dame* de París que por aquellos años llamaban *la ci-devant église métropolitaine* o *la ci-devant Notre-Dame* se rendía culto a "la diosa Razón" representada por Thérèse Angélique Aubry, tocada con gorro rojo y sosteniendo una pica con la mano derecha. En algunas iglesias, la muchacha que, sentada sobre el altar mayor, representaba a "la diosa Libertad" o a "la diosa Naturaleza" o incluso a "la diosa Razón", recibía allí "culto", "con un pecho descubierto" (*dépoitraillée*), "los pelos sueltos" (*échevelée*) y mostrando el muslo derecho.

La que iba a ser gran iglesia dedicada a Santa Genoveva, en el Barrio Latino de París, fue dedicada "a los grandes hombres de la Patria", el día 4 de abril de 1791. Y aunque los mosaicos que en el interior adornan los muros representan escenas de la Santa patrona de París, el actual Panteón es lugar de enterramiento de grandes figuras de Francia, según reza la inscripción *Aux grands hommes la Patrie reconnaissante*, redactada naturalmente en francés, de acuerdo con la normativa establecida por la Revolución. Mientras tanto, las cenizas de la Santa eran sacadas de su urna en la vecina iglesia de Saint-Étienne-du-Mont y lanzadas al aire para que de ellas no quedara, a poder ser, ni el recuerdo.

Como reacción contra los absurdos y los abusos en que venían incurriendo los cultos a las nuevas diosas, el 7 de mayo de 1794, por influencia de Robespierre, la Convención decretó el culto al "Ser supremo" (*l'Être suprême*) porque, según el mismo Robespierre, "el pueblo francés cree en la inmortalidad del alma y es radicalmente opuesto al ateísmo", reconociendo en cambio la existencia de un "Ser supremo". Para dar vida a esta divinidad se creó el *l'hymne au Père de l'Univers* y *l'hymne à l'Être suprême* y se quemaban las efigies que representaban el ateísmo, cayendo muy pronto en nuevos y ridículos absurdos.

La política de descristianización emprendida por la Revolución no se limitó a pretender borrar las creencias religiosas, calificadas de "fanatismo", y a prohibir el culto público. En su propósito de desacralizar todo vestigio religioso cayeron en una política de dura represión y persecución contra los eclesiásticos que no se plegaban a la política de "laicización" de la vida francesa.

Por decreto de la Asamblea nacional de fecha 13 de febrero de 1790 quedaban prohibidos los votos religiosos y suprimidas las órdenes y las congregaciones religiosas, medida que se trató de justificar como defensa del principio de "libertad" a que tiene derecho toda persona humana. Como los votos solemnes de los religiosos suponen una renuncia a la libertad individual, deben ser prohibidos esos votos y por consiguiente también las órdenes y las congregaciones que los tienen establecidos.

A pesar de ello, y en flagrante contradicción con esa filosofía, el 14 de febrero de ese mismo año de 1790 (es decir, al día siguiente de ese decre-

to) en *Notre-Dame* de París los diputados de la Asamblea constituyente prestan solemne "juramento cívico" (*serment civique*), consagrando lo que podríamos llamar -evocando la expresión de Rousseau- una auténtica "religión civil" (*religion civile*) con su "culto a la nación" (*culte à la nation*) y su "respeto religioso a la ley" (*respect religieux à la loi*).

El 18 de agosto de 1792 -recién proclamada la república- la Asamblea legislativa declara fuera de la ley toda orden o congregación religiosa que aún subsista.

Aunque se produjeron bastantes defecciones y aunque no pocos eclesiásticos juraron la Constitución civil del clero, fueron mayoría los que se mantuvieron fieles a sus creencias y a sus votos, arrojando las persecuciones a que se vieron sometidos y muriendo en la guillotina varios centenares.

Las defecciones entre las religiosas fueron prácticamente inexistentes. Obligadas a abandonar sus conventos, hicieron todo lo humanamente posible por seguir con sus prácticas y observancias en pequeños grupos clandestinos. Y también ellas supieron hacer frente con dignidad y entereza a las persecuciones, no dudando en aceptar la muerte antes que renunciar a su fe y a su vocación religiosa.

Por una serie de circunstancias causó especial impresión la detención en junio de 1794 de las dieciséis religiosas del Carmelo de Compiègne que se habían tenido que repartir en pequeñas comunidades. Trasladadas a París, fueron acusadas de *traginer contre la République* y en consecuencia condenadas a la pena capital, muriendo en la guillotina el 17 de julio de aquel año. Beatificadas en 1906 por el papa San Pío X, fueron las primeras de los 374 beatos, mártires de la Revolución francesa.

En 1920 serían beatificadas por el papa Benedicto XV las quince religiosas de Valenciennes (de ellas once ursulinas y tres hermanas de la Caridad) guillotinas el 26 de junio de 1794. Y en 1925 lo fueron por el papa Pío XI las treinta y dos religiosas de Bollène, guillotinas en Orange entre el 6 y el 26 de julio de ese mismo año 1794.

La fidelidad de la inmensa mayoría de las religiosas, incluso en la cárcel, es realmente admirable. No sólo no reniegan para tratar de salvarse, sino que incluso muchas veces con virtud heroica hacen todo lo posible y hasta lo imposible para vivir en plenitud su vocación religiosa.

No sería justo, hablando de las mujeres durante la Revolución, limitarnos a la fidelidad de las religiosas y a su martirio. Muchas mujeres seglares murieron, también ellas, en la guillotina por la sola razón de su fe católica. Cabe recordar, como dato muy significativo, que de los 99 mártires de Angers, 83 son mujeres, de ellas sólo tres religiosas, y las demás seglares.

Discreta y prudentemente muchas mujeres cumplieron con una misión importante en el sostenimiento de la fe católica en aquellos difíciles años. Además de ocultar a sacerdotes perseguidos por no haber jurado la Constitución civil del clero, facilitaban la celebración clandestina de la misa y la

administración de los sacramentos, manteniendo viva alrededor de sí la fe católica.

Hablando de la mujer ante la Revolución de 1789, no podemos menos de considerar el papel de la reina María Antonieta. Su suerte como reina de Francia no fue de envidiar, sino más bien muy digna de lástima. *L'Autrichienne*, como despectivamente la llamaban en los círculos poco afectos a la Casa real, tuvo que sufrir mucho desde los primeros días de su matrimonio con el joven rey de Francia hasta el día en que fue ejecutada en la guillotina.

Ya sus primeras relaciones matrimoniales debieron ser bastante decepcionantes hasta que el joven Luis XVI fue operado de fimosis. Pero además se vio muy pronto inmersa en un desagradable ambiente de arrivistas y aduladores. Y por si todo eso fuera poco, desde los primeros días de su llegada a Francia *l'Autrichienne* se sintió blanco de habladoras y de toda clase de comentarios despectivos. Habladoras y críticas que pronto se convertirían en muy serias acusaciones y en virulentos ataques al estallar el desdichado asunto del collar (*l'affaire du collier*). Los más serios estudios históricos eximen hoy a la reina de toda culpa en ese enojoso asunto, haciendo responsable máxima a la condesa de La Motte, y también, aunque en menor grado, al cardenal de Rohan. Como quedó probado en el juicio, todo ese sucio asunto había sido urdido por la condesa de La Motte que sería por ello condenada a prisión de por vida en la Salpêtrière, de donde sin embargo logró evadirse muy pronto y huir a Inglaterra.

A pesar de la inocencia de la reina, el odio contra ella creció alarmantemente y las críticas y los ataques se desataron sin piedad. Hábilmente explotado por los que suspiraban por un cambio de régimen, este escándalo del collar fue uno de los motivos que precipitaron el estallido de la Revolución.

En la jerga revolucionaria de los últimos tiempos de la monarquía se dio al rey el apodo de *Monsieur Veto* por haber vetado en mayo de 1792 los decretos referentes a los clérigos que se negaban a jurar la Constitución civil del clero y por haberse negado en junio del mismo año a sancionar el decreto relativo a la creación de un campo de maniobra junto a los muros de París. El genio popular creó muy pronto una copla que decía: *Au diable le Veto! A bas Monsieur le Veto!* En esa misma jerga revolucionaria, a la reina María Antonieta se le dio el nombre de *Madame Déficit* por atribuir a sus gastos y a su lujo la responsabilidad de la mala marcha de la economía del reino. Los gastos de la casa real, de los que se culpaba principalmente a la reina, daban pie a uno de los ataques que mayor eco hallaba en el pueblo. Con no poca habilidad se había lanzado la idea de que el rey no calculaba sus gastos en relación con sus ingresos, sino sus ingresos en relación con sus gastos.

Cada la monarquía y establecida la república, Luis XVI, que había dejado de ser *roi de la France* para ser *roi des Français*, quedó convertido

en *le citoyen Louis Capet*, o simplemente en *Louis Capet* o *Louis* sin más como le dijeron al comunicarle su condena. Y la reina pasó a ser *la citoyenne Capet* y más tarde, después de la ejecución del rey, *la veuve Capet*.

Enérgica y valiente, María Antonieta supo mantener su grandeza y su dignidad hasta el momento mismo en que su cabeza cayó cortada por la cuchilla de la guillotina. La amargura de aquella mujer al oír además los alaridos y abucheos de la plebe que aplaudía su ejecución, venía a incrementar aún más la pena horrible que debía sentir por la ejecución de su marido unos meses antes y sobre todo por el dolor de no saber qué sería de su hijo en poder de los revolucionarios en el momento de mayor efervescencia antimonárquica.

Triste suerte también la de su amiga María Teresa de Lamballe. Esta joven princesa de origen italiano pagó su fidelidad a la reina María Antonieta con el encarcelamiento en *le Temple* primero y en la cárcel de *La Force* después donde fue una de las víctimas de las matanzas del 3 de septiembre de 1792. En un auténtico delirio de atrocidades, su cabeza fue colocada en lo alto de una pica y paseada por las calles de París. Y en el colmo del más refinado sadismo fue así llevada hasta la prisión de *le Temple* donde estaba encerrada la reina para que ésta, alertada por los gritos y el alboroto, pudiera ver aquella cabeza desde la ventana de su encierro y pensar que dentro de muy poco tiempo podría seguir igual suerte.

Otra joven mujer víctima del odio desatado en aquellos años fue la condesa Aimée de Coigny que ha quedado inmortalizada por la preciosa y emotiva poesía *la Jeune Captive* que le dedicó el poeta André Chénier, que fue compañero suyo de prisión en la cárcel de *Saint-Lazare*.

La llamada "ley de pradial" (= *loi de prairial*) del 22 de ese mes del año II (= 10 de junio de 1794) constituía un texto en extremo terrible y francamente temible puesto a disposición del "Comité de Salvación Pública" y del "Tribunal revolucionario". Con esa ley en la mano, en sólo dos meses y medio (del 10 de junio al 27 de julio, fecha de la caída de Robespierre), 1376 *ennemis du peuple* fueron guillotinaados en París. Entre ellos, André Chénier, del *club des Feuillants* y asiduo colaborador de *le Journal de Paris*. Por haberse mostrado adversario de los jacobinos cuyos excesos censuraba y atacaba con valor, fue encarcelado y luego condenado a la pena capital. Durante los cuatro meses de su cautiverio antes de morir en la guillotina el 25 de julio de 1794 (= el 7 de termidor del año II), sólo dos días antes de la caída de Robespierre, escribió su emotiva poesía *la Jeune Captive* y sus preciosos *lambes* en los que, "con el corazón lleno de odio y ávido de justicia" (*le coeur gros de haine et affamé de justice*) clama contra los atropellos y las tropelías del Terror (*la Terreur*), atacando sin piedad la tiranía de los jacobinos en unos manuscritos que consiguió hacer llegar a su padre escondiéndolos en los paquetes de ropa que mandaba para lavar.

Valdría la pena disponer de espacio suficiente para poder comentar una a una las nueve estrofas de esa preciosa poesía dedicada por Chénier a su

joven y bella compañera de prisión. Pero, ante esa imposibilidad, nos limitaremos a recordar las estrofas 1, 7, 8 y 9.

L'épi naissant mûrit de la faux respecté.
 Sans crainte du pressoir, le pampre tout l'été
 Boit les doux présents de l'aurore.
 Et moi, comme lui belle, et jeune comme lui,
 Quoi que l'heure présente ait de trouble et d'ennui,
 Je ne veux point mourir encore. [...]

O mort! tu peux attendre; éloigne, éloigne-toi;
 Va consoler les coeurs que la honte, l'effroi,
 Le pâle désespoir dévore.
 Pour moi Palès encore a des asiles verts;
 Les Amours des baisers, les Muses des concerts.
 Je ne veux point mourir encore."

Ainsi, triste et captif, ma lyre toutefois
 S'éveillait, écoutant ces plaintes, cette voix,
 Ces vœux d'une jeune captive;
 Et secouant le faix de mes jours languissants,
 Aux douces lois des vers je pliai les accents
 De sa bouche aimable et naïve.

Ces chants, de ma prison témoins harmonieux,
 Feront à quelque aimant des loisirs studieux
 Chercher quelle fut cette belle.
 La grâce décorait son front et ses discours,
 Et comme elle craindront de voir finir leurs jours
 Ceux qui les passeront près d'elle.

De sus *lambes*, compuestos asimismo en la prisión de *Saint-Lazare*, nos limitaremos a transcribir los cuatro primeros versos.

Comme un dernier rayon, comme un dernier zéphyr
 Animent la fin d'un beau jour,
 Au pied de l'échafaud j'essaye encor ma lyre.
 Peut-être est-ce bientôt mon tour. [...]

Siempre que leemos estas composiciones de Chénier nos vienen espontáneamente a la mente por un lado la *Ballade des pendus de Villon*, y por otro, y sobre todo, estos geniales versos de Verlaine en *Sagesse*:

Mon Dieu m'a dit: "Mon fils, il faut m'aimer. Tu vois
 Mon flanc percé, mon coeur qui rayonne et qui saigne,
 Et mes pieds offensés que Madeleine baigne
 De larmes, et mes bras douloureux sous le poids
 De tes péchés, et mes mains! Et tu vois la croix [...]"

preciosos versos cuya musicalidad nos evocan aquellos otros de *Jadis et Naguère* en que dice:

De la musique avant tout autre chose,
Et pour cela préfère l'Impair [...]

Cuando se produjeron las muertes de Chénier y de Aimée de Coigny en julio de 1794, se dejaba sentir en algunos sectores revolucionarios como una sed de sangre, que llegó a crear en algunos una auténtica borrachera de sangre, como ocurría con aquellas *tricoteuses* que empapaban sus pañuelos en la sangre de los guillotinado y en los que gustaban de asistir a las ejecuciones y que, después de haber abucheado e insultado a los que iban a ser ejecutados, aplaudían con rabia y entusiasmo al contemplar las cabezas cortadas mostradas por el verdugo.

A propósito de esta borrachera de sangre -y ya que en él se habla de "duquesitas"- recordaremos un pasaje de Chateaubriand en el que nos refiere cómo su conserje le comentaba que durante los días de la Revolución a diario veía pasar ante su ventana la *charrette* cargada de duquesitas con el cuello blanco como la nieve porque ya les habían hecho la *toilette* y se lo iban a cortar. Pero "ahora -añadía- eso ya se acabó. Se le han suprimido al pueblo esos placeres" [*Ah monsieur le vicomte, c'était le bon temps, cela! Chaque jour il passait devant nos fenêtres des petites duchesses qui avaient le cou blanc comme la neige et on le leur coupait ... Maintenant, c'est fini. On a retiré ces plaisirs au peuple!*]

Uno de los mayores responsables de tantas ejecuciones, junto con Danton y Robespierre entre otros, fue Marat quien, en las luchas internas entre los rectores de la Revolución, estaba rabiosamente enfrentado con los girondinos. Su sed de sangre llegaría a ser tan ardiente que ya en 1790 había escrito estas significativas frases: *Il y a un an, cinq-cents ou six-cents têtes coupées nous auraient fait libres et heureux. Aujourd'hui on devrait en couper 10.000. Dans quelques mois vous en couperez peut-être 100.000 et vous ferez des merveilles, parce qu'il n'y aura pas de paix pour vous si vous n'arrivez pas à éliminer, jusqu'au dernier rejeton, les ennemis implacables de la patrie.* Y hasta llegaba a insistir, el 20 de agosto de 1790, en que *il faut dresser huit-cents potences dans le jardin des Tuileries pour y accrocher tous les députés traîtres à la patrie avec, au milieu, un bûcher pour y rôtir tous les ministres et leurs suppôts.*

Y trató de cumplirlo. Pero eso mismo fue la causa que decidió a una joven mujer a tratar de *sauver la république en éliminant Marat.*

Charlotte Corday, *ci-devant* d'Armont, tenía 25 años cuando tomó esa decisión. Guapa y de buena presencia, con una "mirada angelical y pura" (*un regard angélique et pur*) era descendiente de una hermana de Corneille, cuya concepción del honor heroico admiraba ella con entusiasmo.

Ya antes de la Revolución soñaba con una república en la que todos los franceses debían ser hermanos (*une république dans laquelle tous les Français devaient être des frères*).

Aunque no monárquica, sino republicana ya bajo el Antiguo Régimen, la ejecución del rey en la guillotina el 21 de enero de 1793 la impresionó muy vivamente y la llenó de indignación no tanto por la condena y ejecución en sí como por todas las circunstancias que las rodearon.

¿Asesina o herofna? ¿O las dos cosas a la vez? ¿Actuó por propia iniciativa o fue la "inocente mano ejecutora" de una trama bien urdida? ¿Su decisión de matar a Marat respondía a un deseo de venganza o a una firme convicción de que ése era el camino más seguro y el más breve para salvar a su patria en peligro de desintegración? Estos y otros muchos interrogantes nos los hemos venido formulando una y otra vez durante las muchas horas que hemos dedicado al estudio de los textos en relación con Marat y con esta joven mujer que le dio muerte el 13 de julio de 1793.

La sed de sangre que se puede advertir desde los primeros tiempos de la Revolución se hace ardiente en septiembre del 92 y se perpetúa durante todo el año 93 y parte del 94. El deseo de que *un sang impur abreuve nos sillons* de la Marsellesa llega a tal extremo que por nuestra parte hemos hablado incluso de una auténtica borrachera de sangre, expresión que hemos venido empleando repetidas veces en este artículo. Entre los muchísimos testimonios que cabría aportar, sólo recordaremos esta frase del revolucionario Chalier en Lyon: *Mettons-les sous la guillotine et lavons nos mains avec leur sang!*, sin sospechar, cuando eso decía, que algo más tarde, el 10 de julio de 1793, acabaría también él en la guillotina.

Considerando a Marat máximo responsable de esa sed de venganza y de esa borrachera de sangre, decía Charlotte Corday que *ces maratistes veulent faire de la France un cimetière*, añadiendo que *tous ces hommes qui devaient nous donner la liberté l'ont assassinée. Ce ne sont que des bourreaux. Pleurons le sort de notre pauvre France*.

De Marat, en efecto, como también de algunos otros revolucionarios, se decía que eran "proveedores de la guillotina" (*fournisseurs de la guillotine*).

De gran popularidad entre las clases más populares de los revolucionarios parisinos, supo explotarla en provecho de sus posturas generalmente muy radicales. Ansioso de gloria y ávido de poder, acabó por enfrentarse a Robespierre después de haber formado con él y con Danton una especie de triunvirato, realmente terrible en su represión.

Soberbio y engreído, insistió en redactar él solo *l'Ami du peuple*, rechazando el ofrecimiento de colaboración hecho, entre otros, por Fréron y por Camille Desmoulins, afirmando que *l'aigle vole toujours seul; le paon suit la troupe*. Con una prosa mordiente y corrosiva llevó a cabo una campaña de prensa que fomentaba los excesos revolucionarios y fue en gran parte responsable de las matanzas de septiembre de 1792.

La condena a muerte del *abbé* Grombault, de Caen, después de administrar la extremaunción a la madre de Charlotte, fue uno de los hechos que mayor impresión e indignación causaron en esta joven mujer idealista. El *abbé* Grombault mostró tal entereza en la guillotina y tal dignidad en todo momento que los maratistas responsables de su ejecución pretendieron apagar su sed de venganza y saciar su rabia incontenida sacando de la cárcel a otros cinco "reaccionarios" y llevándolos sin más a la guillotina.

Charlotte vivió además de cerca la lucha a muerte entre maratistas y girondinos. Un testimonio elocuente de ese odio incontenido entre las dos facciones lo podemos encontrar en estas frases de Pezenas: *Faites tomber la tête de Marat et la patrie sera sauvée [...]. Purgez la France de cet homme de sang [...]. Marat ne voit le salut public que dans un fleuve de sang. Eh bien! il faut que le sien coule. Il faut que sa tête tombe pour en sauver deux cent mille [...]. O Marat, féroce Marat! [...].*

Cayó la cabeza de Marat, *l'Ami du peuple*. Pero los maratistas consiguieron imponerse aún varios meses durante los cuales llevaron a la guillotina a muchos *ennemis du peuple*, entre ellos a los más destacados girondinos, que el 30 de octubre fueron ejecutados no sin antes cantar *Plutôt la mort que l'esclavage. C'est la devise des Français*, después de haber entonado la Marsellesa.

Poco antes de asesinar a Marat, Charlotte Corday tuvo ánimos para escribir su *Adresse aux Français, amis des lois et de la paix*, que bien merecería transcribir aquí desde la primera hasta la última palabra con los comentarios pertinentes. Pero ello exigiría un artículo dedicado exclusivamente a ese tema. Nos limitaremos, pues, a transcribir el primer párrafo.

Jusqu'à quand, ô malheureux Français, vous plairez-vous dans le trouble et les divisions? Assez et trop longtemps des factieux et des scélérats ont mis l'intérêt de leur ambition à la place de l'intérêt général. Pourquoi, ô infortunées victimes de leur fureur, pourquoi vous égorger, vous anéantir vous-mêmes pour établir l'édifice de leur tyrannie sur les ruines de la France désolée?

En todo momento esta joven mujer mostró un valor y una entereza dignas de admiración. Cometido el asesinato de Marat, siguió tranquila e impassible, porque estaba convencida de haber cumplido con su deber para salvar a Francia de la hecatombe. Ni cuando se siente escupida en la cara por un grupo de mujeres pierde su serenidad, limitándose a decir: *J'ai accompli mon devoir. D'autres devront faire le reste.*

Particular interés para conocer su temple lo ofrece el breve diálogo que mantuvo con el capuchino renegado Chabot que fue uno de los primeros en acudir a casa de Marat en cuanto éste fue asesinado. Cuando él le dice que su cabeza caería en la guillotina, ella se limita a contestarle: *Je le sais très bien*. Pero cuando le arrebató el reloj para quedarse con él, tiene la valentía

de reprochárselo con estas elocuentes palabras: *Oubliez-vous donc que les capucins ont fait voeu de pauvreté?*

Su entereza queda una vez más de manifiesto en el juicio en el que naturalmente sería condenada a morir en la guillotina. A la pregunta que le hace el presidente del tribunal *Qu'entendez-vous par énergie?* contesta llena de razón: *La résolution de ceux qui mettent l'intérêt particulier de côté et savent se sacrifier pour leur patrie.* A pesar de la premura con que fue realizado en la misma celda de condenada a muerte, en el retrato que, a petición propia, le hizo el pintor Hauer, es fácil descubrir la recia personalidad de esta mujer guapa y de bonita mirada.

Valdría la pena comentar detenidamente todas las notas que escribió antes y después de matar a Marat. Por nuestra parte las hemos estudiado desde el punto de vista de la lengua e incluso comentado algunas en otros trabajos. Pero sería interesante también un estudio psicológico que podría contribuir para mejor conocer su personalidad.

Condenada a morir en la guillotina, fue como todos los condenados sometida a la "ceremonia" de la *toilette*, previa a la subida a la *charrette* que la había de llevar hasta los pies del cadalso. Cuando vio cómo el guardián encargado de esta "ceremonia" le preparaba el cuello para que la cuchilla de la guillotina no tuviera dificultad en cumplir su macabra función, exclamó con gran tranquilidad y aplomo: *Voilà la toilette de la mort faite par des mains un peu rudes, mais elle conduit à l'immortalité.* Y en una carta a su padre escrita la víspera, reproducía la frase de Corneille que afirma que *le crime fait la honte et non pas l'échafaud.*

Con toda serenidad y admirable entereza subió al cadalso y puso su cabeza en la *lunette* para esperar que cayera la cuchilla que había de cortar-le el cuello. Ni los gritos de la gente que había acudido para contemplar aquel macabro espectáculo ni la tormenta que en ese momento estalló sobre París la turbaron lo más mínimo. Tampoco la habrían conmovido las alharacas y los gritos de alegría de unos grupos de mujeres revolucionarias *sanguinaires* que exultaban de júbilo al contemplar su cabeza cuando se la mostraba el verdugo sosteniéndola por los pelos y balanceándola para que pudiera ser contemplada por la muchedumbre.

No terminaremos estas rápidas consideraciones sobre la mujer en la Revolución francesa sin recordar la figura de Madame Roland, inmortalizada por la exclamación *O liberté, que de crimes on commet en ton nom!* que se le atribuye.

Madame Roland, de soltera Manon Philipon, había nacido en 1754. Su buena presencia despertó desde muy jovencita la atención de varios pretendientes. Pero ella, muy dada a la lectura de obras filosóficas, sobre todo de los enciclopedistas franceses y en especial de Rousseau, mostraba muy poco interés por el matrimonio. En 1780, sin embargo, casó con Jean-Marie Roland de la Platière, veinte años mayor que ella.

Jean-Marie Roland, había sido ministro en el Antiguo Régimen y volvió a serlo con la Revolución. Era ministro del Interior cuando las matanzas de septiembre de 1792, y no hizo nada por impedir las. Era asimismo ministro cuando Luis XVI fue ejecutado en la guillotina el 21 de enero de 1793. Al día siguiente dimitió. Pero no por la muerte del rey que, como los demás girondinos también él había aprobado, sino por razones sentimentales debidas a los celos motivados por las relaciones que consideraba en exceso amistosas de su mujer con el también girondino François Buzot.

Buzot, casado con una mujer de pocas luces, al parecer un tanto estúpida, y además bastante mayor que él, había quedado seducido por los encantos de Mme. Roland que ejerció sobre él una muy notable influencia contribuyendo en gran medida a sus ataques contra Danton y Robespierre.

La caída de los girondinos provocó la separación de los tres, cada uno por un lado. Buzot y Jean-Marie consiguieron huir de París, escondiéndose el primero en Caen y el segundo en Rouen. Mme. Roland, en cambio, fue arrestada en París y encerrada en *l'Abbaye*. Allí estuvo en la misma celda que había ocupado Charlotte Corday: *un petit cabinet fort maussade par la saleté des murs, l'épaisseur des grilles et le voisinage d'un bûcher que tous les animaux du logis prenaient pour leurs lieux d'aisance*, según aparece en una nota escrita por la misma Mme. Roland.

El 18 de brumario del año II (= 8 de noviembre de 1793), tras un brevísimo juicio, fue condenada a muerte e inmediatamente llevada a la guillotina de la *place de la Révolution*, hoy *place de la Concorde*.

Nueve días antes, el 9 de brumario (= 30 de octubre) habían sido allí mismo guillotinado los principales girondinos que pudieron ser capturados. Y sólo dos días antes, el 16 de brumario (= 6 de noviembre), cayó también allí mismo la cabeza de Felipe Igualdad.

Donde hoy está el obelisco se había levantado una gigantesca estatua de la Libertad. Se dice que poco antes de tener que colocar su cabeza en el luneto de la guillotina, Mme. Roland, con los ojos clavados en aquella estatua exclamó: *O liberté, que de crimes on commet en ton nom!*

Enterado de la ejecución su marido, salió de su escondite y en un campo próximo se quitó la vida con un bastón-estoque el 15 de noviembre, después de quemar todas sus cartas y de escribir esta breve nota que dejó junto a su cuerpo: *Puisse mon pays abhorrer enfin tant de crimes et reprendre des sentiments humains et sociaux*. No parecía ya acordarse de las muertes que él podía haber evitado en sus tiempos de prohombre de la Revolución.

Aunque no parece nada probable, se dice que Buzot no se enteró de la ejecución de Mme. Roland hasta siete meses más tarde, en junio del 94. El hecho es que también él salió al campo y se disparó un tiro a mediados de ese mismo mes de junio. Su cadáver fue encontrado una semana más tarde semidevorado por los perros. A diferencia del de Jean-Marie, su suicidio parece que respondió, más que a sentimiento por la muerte de Mme. Roland, al temor de ser descubierto, encarcelado y ejecutado en la guillotina.

De Mme. Roland se conservan sus "Memorias" y muchas de sus cartas, en las que es fácil descubrir por un lado un carácter exaltado y por otro muy poca visión política. Su influencia, en efecto, sobre los líderes girondinos, acarrió a éstos fatales consecuencias, sobre todo por las poco afortunadas antipatías que suscitó en ellos.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

En este rápido recorrido hemos podido observar cómo algunos núcleos de mujeres tomaron parte muy activa en la Revolución sea en motines y manifestaciones populares, sea en organizaciones político-culturales, mostrándose algunas en extremo radicales en sus posturas y sobre todo en sus actuaciones.

A pesar de su aportación a la causa de la Revolución, ésta apenas correspondió con ellas, sino que mantuvo más bien una actitud poco favorable a la mujer, llegando en ocasiones a un ostensible antifeminismo.

En contraste con la adhesión entusiasta a la Revolución por parte de muchas mujeres, otras, en cambio, fueron sus víctimas acabando no pocas en la guillotina o sufriendo otra suerte de muerte violenta. Unas fueron condenadas y ejecutadas por su fidelidad a sus creencias religiosas, habiendo merecido algunas ser beatificadas por los papas San Pío X, Benedicto XV y Pío XI. Otras lo fueron por razones más bien políticas, como la reina María Antonieta y su amiga María Teresa de Lamballe, o Madame Roland o Aimée de Coigny, inmortalizada por Chénier en *la Jeune captive*, o Charlotte Corday, esa joven mujer que trató de "salvar la república dando muerte a Marat".

Si alguna ilustración habría de acompañar estas notas, tal vez la más apropiada sería una reproducción del cuadro de Delacroix conocido con el nombre de *La Liberté guidant le peuple*.